



Memorias de un Revistorio



Manuel López Calvo

2/30

695

MEMORIAS
DE
UN AFICIONADO Y REVISTERO
DE TOROS

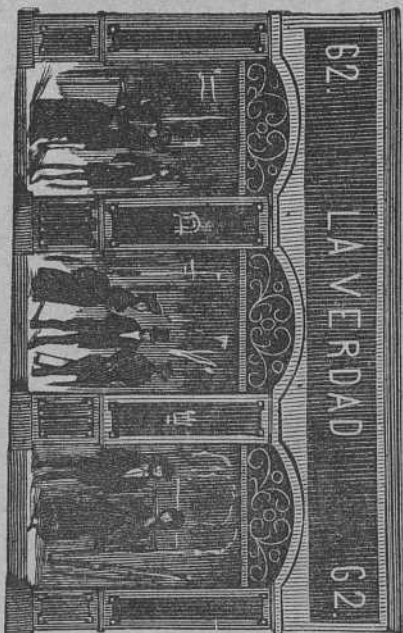
PRECIO: UNA PESETA

MADRID
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE G. OSLER
18, *Espíritu Santo*, 18

1885

LA VERDAD

SIN FIADOR



SIN FIADOR

CAMAS de hierro, **COLCHONES**
de muelles y **MUEBLES** de ebanistería
y tapicería.

SEMANTAL **UNA PESETA** SEMANTAL

MEMORIAS
DE UN AFICIONADO Y REVISTERO DE TOROS

13

Manuel López Calvo

MEMORIAS

DE

UN AFICIONADO Y REVISTERO
DE TOROS

PRECIO: UNA PESETA

MADRID

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE G. OSLER

18, *Espiritu Santo*, 18

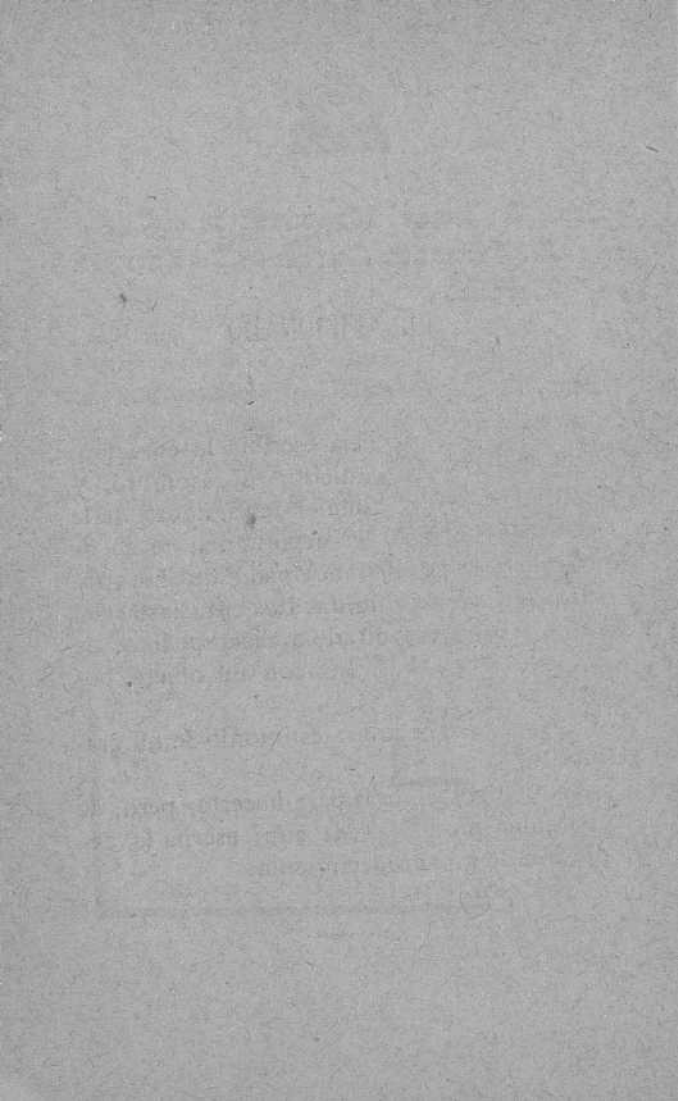
—
1885



Sres. D. Rafael Menéndez de la Vega,
D. Fernando García y D. Enrique
Moreno.

MIS BUENOS AMIGOS: *A nadie mejor que á Vds., que me honran contándome en el número de los suyos, me ha parecido que debía dedicar este libro, conociendo como conozco sus buenos sentimientos, y siendo la publicación de mis Memorias un medio de aumentar, con el producto de su venta, la suscripción nacional en favor de las desgracias que han causado los terremotos de Andalucía.*

Manuel López Calvo



EL AFICIONADO



Apenas si me deja escribir la emoción. Con más enternecimiento que asombro, y rebotando en mi alma el sentimiento de la gratitud, he visto el espontáneo rasgo de grandeza del público aficionado, que me confunde y casi me humilla. Los entusiastas del toreo se han apresurado á hacer pedidos de mi libro, que vé la luz con un objeto benéfico.

¿Cómo daría yo un testimonio de mi gratitud?

No tengo palabras para hacerlo; pero, de cualquier modo, quede aquí escrita la expresión de mi agradecimiento.



¡Qué tiempos aquellos!

Los que no teníamos dinero para entrar á ver la corrida, nos agolpábamos á la puerta del arrastradero en la plaza vieja para ver sacar los caballos y toros muertos en la función.

La pareja de la Guardia civil de caballería que iba delante del tiro de mulas que llevaba al toro, difícilmente podía echarnos del lado del cornúpeto, particularmente cuando subía el tiro la cuesta que había de la plaza á la carnicería, porque las pobres bestias arrancaban trabajosamente...

* * *

¡Cuántos individuos de aquella tierna infancia, desgreñados unos y descalzos otros, en mangas de camisa ó con una blusa toda llena de remiendos, más aseados de ropas aquéllos, pero todos con unos sentimientos de verdaderos zulús, pinchando con palos ó navajas á las reses y caballos arrastrados! ¡Cuántos de aquéllos, repito, habrán sido ministros ó cosa así!...

* * *

¡Qué espectáculo tan horrible ofrecían, no sólo la tímida juventud de aquellas épo-

cas, sino también las personas mayores que, pululando por aquellos alrededores, ocupaban un puesto en aquel lugar conocido por el *tendido de los sastres!*

Había que ver á las mujeres con sus hijos, unos en brazos y otros de la mano, tirando de ellos y corriendo á formar grupo donde sacaban los traperos un caballo mal herido á *darle la puñalada...* un jaco mal herido, que le había dejado tendido en el redondel un toro, y de donde le habían levantado á palos los *monos sabios*, sacándole con un ronzal, tambaleándose el cuadrúpedo, llegando cerca de un carro donde le habían de subir con unas maromas después de muerto para llevársele al *quemadero*.

Cientos de personas le rodeaban con imperturbable serenidad y presenciaban cómo un hombre de facciones toscas, modales groseros, gestos grotescos y palabras soeces que producían la hilaridad, sacaban una *faca* de entre la faja, y daban una tremenda puñalada en los pechos al caballo que, arrojando un terrible y asqueroso chorro de sangre, caía muerto, salpicando con ella á los que le contemplaban, que reían unos y montaban

otros sobre el infeliz cuártago que, hermoso y joven algún día, había servido para decidir el triunfo de la victoria de una batalla, mostrando su habilidad en un circo ó pica-dero, ó habría prestado grandes servicios en el trabajo.



Y aquel pueblo iba al día siguiente á ver impávido cómo morían, no muy lejos de la plaza de toros, los mártires de la libertad que en aquella época se sacrificaban con bastante frecuencia gracias á los Gobiernos moderados que se sucedían en España.

Aquellos infelices, muriendo, hacían santa la causa de la libertad, y los otros contemplándolos caer bañados en su propia sangre, mostraban ser un pueblo nómada.

Aquello era el espíritu de la ignorancia de nuestro país.

De este país, cuya educación social estaba por aquel entonces, aunque hace pocos años, á la altura de su educación política; nos referimos á la época anterior á nuestra gloriosa revolución de 1868.



Hoy el arte, levantando una soberbia plaza, ha quitado el espectáculo de los *arrastros*.

¡Viva el arte!

* * *

Ahora también, cada vez que entro en la plaza para presenciar una corrida de novillos, no puedo menos de recordar de aquellos que presencié y de los porrazos que ví llevar á chicos, que hoy son primeros matadores; y es gracioso, muy gracioso, en medio de la seriedad que inspira ver á un hombre herido, quedarse en la enfermería de la plaza.

Hé aquí algo, contado en verso, que es más sonoro que la prosa.

Varias camas se encuentran ocupadas por individuos, perniquebrados unos, mancos otros y hechos una lástima todos, á consecuencia de la más grande de las estupideces, la de torear moruchos.

—Guardia.

—Señor.

—Este chico

lo lleva usted á su casa,
y le recomienda al padre
que le arrime una pavana,

para evitarle que un día
le lleven desde la plaza
á su hijo en una camilla
por su afición tauromáquica.

* * *

—¿Mandó usted á la presidencia
el parte?

—Aún no, que aguardaba
que saliera el del cencerro,
porque ese siempre nos manda
dos ó tres hombres contusos
con el *alambre* y las astas.

—Esta afición á correr
los moruchos en las plazas,
si yo fuera autoridad,
francamente, la quitaba.
Primeramente, el ganado
que se lidia, no es de casta,
y luego ya se han corrido
en bastantes novilladas,
y no hace más que coger
á los muchachos que bajan;
porque si éstos fueran pocos
aun tendrían la ventaja
de poder *marcar* los palos
y torear los de capa.

* * *

— Un herido,

¿Y esa gente
se va á meter en la sala?
Guardias, despejen ustedes.

— ¡Válgame Santa Susana,
San Cornelio, de mi vida!

— ¿Y qué tiene usted?

— Yo, nada...
esperanzas solamente
que no veo realizadas.

— Caballero...

— Usted perdone,
creí que me preguntaba
que si tenía destino.

— ¿Y qué le ha hecho?

— Casi nada
con lo que me ha hecho el ministro
al decirme que cesaba
en el cargo de oficial,
y oficial de clase cuarta,
con el haber anual
de 5.000...

— Hombre, basta;
¿qué le ha hecho á usted el novillo?

— Pues señor, romperme el alma
en dos mitades lo menos.

Caballero, qué desgracia...

— Va á haber que reconocerle;

échese usted en la cama.

—¿Pero y la moral doctor?

—Desnúdese usted.

—¡Caramba...!

—A ver, dos hombres aquí.

—Quietos, por Santa Librada,
que no tengo calzoncillos.

—¡Pero hombre!

—¡Jesús me valga!

—¿Le duele aquí?

—No señor.

—¿Y aquí?

—Tampoco.

—¡Canastas!

¿pues dónde le duele á usted?

—Más abajo, aquí.

—Acabara.

Pues no tiene usted lesión.

—No, si lo que teugo es ganas
de comerme una chuleta,
y una chuleta empanada.

* * *

Un médico dictando á un practicante los
partes facultativos.

El practicante es un joven
sordo como un paredón,

y escribe, no cual le dictan,
sino como oye al doctor.

—Paco Rodríguez (*Cosquillas*)
ha sufrido en la función
de novillos de esta tarde —
tras de sordo, al buen señor
le falta la ortografía—
y con mucho *sanfasón*
pone novillos con *b*;
pero sigue lo mejor
al decirle, que el cogido
tiene una gran disteusión
de ligamentos, y sienta
rápido como el vapor

Distinción de miramientos.

Doctor—en la articulación
coxofemoral izquierda.
El sordo, haciendo que el sol
se nuble al verle escribir

—*En la capitulación
del cojo fenomenal.*

Esto al leerlo el doctor,
le da un síncope y se muere,
no sin falta de razón.

Escenas las hay muy serias,
pero cómicas, lector,
también, y creeme á mi,
aunque te digan que nó.

¡Ah! cómo vienen y se agolpan á la mente los recuerdos de aquella vieja plaza de toros, donde yo he presenciado tantas y tantas corridas; donde yo he visto torear de capa al célebre Cayetano Sanz, hoy retirado en Villa Mantilla; donde yo he visto la competencia del *Gordo* y el *Tato*; donde yo he visto comenzar á Salvador Sánchez (*Frasuelo*), y he presenciado sus progresos, sus triunfos, á ese torero y matador de toros que pasará á ocupar un primer puesto en la historia de la tauromaquia.

¿Quién de los que hemos conocido aquel circo ocupado por aficionados tan inteligentes como los de aquella época, podremos olvidar á D. Joaquín Marracci, gentilhombre de Cámara, abonado siempre á la primera fila de meseta del toril, dando desde ella consejos y advertencias á los lidiadores, que aquellos lidiadores de entonces aprovechaban bien? y á D. José Ortiz, D. Francisco Marzo, D. Eduardo Marzo, D. Donoso Toledo, D. Julián Berrueco, D. Valentín Rozalén, D. José Iruela, el célebre actor D. Francisco Oltra y tantos otros que es imposible recordar.

¿Quién de los aficionados antiguos y de los modernos, que tan presentes tenemos los detalles del tiempo que referimos, habrá olvidado tampoco al inteligentísimo y buen aficionado D. Antonio Torrijos (*Chapepa*), abonado de barrera, y del que decía muchas veces un célebre diestro sevillano allá en su tierra:

—«Hasta Sevilla llegan los abucheos que me larga Chapepa en Madrid.»

Los tendidos 1, 2 y 3 ocupados por los partidarios de Cayetano Sanz, entre los que sobresalía el célebre crítico taurino D. Mariano Guirasuarin Blanco, que tan popular hizo el periódico *El Mengue*.

En los tendidos 4 y 5 aficionados de todos los bandos.

Allí en barrera del 6 á D. Manuel Alvarez Paredes y D. Santiago Alvarez y Torres, padre y hermano políticos respectivamente de Salvador Sanchez (*Frascuelo*), y más acá, en el tendido 7, á muchos y buenos aficionados, distinguiéndose entre todos el entendido D. José del Rey, de quien yo he aprendido no poco de lo que sé de tauromaquia, oyéndole con cuidadosa atención siempre que

criticaba las condiciones de una res, la faena de un diestro, etc.

El Sr. Rey, un anciano respectable, de afable trato y aspecto modesto, pero entendidísimo en las cuestiones taurinas.

Al tendido 7 asistían además los señores D. Hermenegildo Jordán, D. Pascual Sánchez, D. Eusebio (*el revendedor de billetes*), D. Antonio (*el Buñolero*), Serranito (*el Carpintero*), D. Manuel Redondo, los hijos del Sr. Marconell, D. Agustín Rubio é hijo, D. Luís Sánchez, D. Francisco Moreno, (a) *el Moro*, D. Manuel Preciados, D. Angel Villalba, D. José Noblejas, D. Julián Guerra, maestro papelista y maestro que fué de Salvador Sánchez (*Frascuelo*), Manolo (*el Tabernero*), D. Gerónimo Picazo, D. Zacarías Gutiérrez.

Allá en el tendido 8 el célebre Chironi con el cencerro, oportuno siempre, y el señor D. José María Luna, dando ya voces como las da hoy en la nueva plaza.

En la barrera del 14 D. José Mondéjar, apoderado de Cayetano Sanz, y el Sr. Marqués (*el sombrerero*), apoderado de *Curro Cúchares*.

En el palco 5o á los Sres. D. José Miguel Díaz, D. Manuel Díaz, D. Manuel y don Francisco Jestó, D. Domingo Monasterio, Sr. Serra Sr. Villabrille, Sr. Aramburo (*el Relojero*), y otros, y á cuyo palco solía ir muchas veces el maestro Cayetano Sanz.



COSAS DE TODOS LOS TIEMPOS

—

EL PICADOR NOVEL

Miradle qué contento está.

A... le ha prestado la *castora*; B... la casaquilla y los *hierros*, y los *antes* C..., un picador antiguo que tenía los primeros descompuestos y los últimos sucios todavía desde las bodas reales de Isabel II.

Ya se viste.

En el portal de su casa le aguardábamos los amigos para decirle:

—¡Buena suerte!

A las tres empieza la novillada, y son las doce, según acaba de oír tocar en la campana de la parroquia. Cuatro ó cinco amigos suyos, *de la calle* en que vive, le ayudan.

La hora se acerca.

El muchacho palidece.

Tiene que picar un toro desecho de tienda de Veraguas, otro *espitorrao* de Miura y dos más de Colmenar Viejo.

Estos últimos no tienen más *defecto* que tener muchos cuernos y próximamente seis años cada uno, y estar gordos.

Los pilluelos gritan á la puerta de su casa.

Es que un mozo de plaza acaba de llegar con el caballo.

—Vamos andando, *Tumba-copas*; este es el mote del picador novel.

—Allá voy, contesta el aludido medio tembloroso.

Baja la escalera.

Llega á la puerta y saluda á la vecindad, que le contempla con la misma curiosidad que debieron mirar los cristianos montar á caballo al Cid, para hacer sus correrías contra los árabes en tiempo de su dominación.

El jaco se tambalea.

Es un cuadrúpedo cuyo pelo no tiene definición perfecta entre los de su especie; *enfosado* de las manos y con la enfermedad del *muermo*.

Después de algunas horas de marcha llega al circo. Hace el paseo.

Se coloca en la *suerte*, y aparece el *bicho*.

No preguntéis qué es lo que el picador siente en aquel momento

Va al toro porque los mozos de plaza le ayudan.

El toro le ve.

Se encampana.

Desafía primero.

Y *arranca* al diestro, á quien se *cuela suelto*, matándole el escuálido montante que guiaba, ó mejor dicho que le guiaba á él.

¿Donde está el picador?

Hé aquí un rompe-cabezas para todos los que no estén al tanto de lo que pasa en el *mundo del arte*.

Se le ha visto caer.

La cuadrilla ha estado al *quite*, y el picador, entretanto, se ha *escurrido* como una sanguijuela y se ha ido á la enfermería.

¿Está herido?

No.

Pero á él se le ha figurado, no sólo que está herido, sino muerto, á causa del cólera morbo que *traía* el toro en la cabeza.

Después...

Después ya sabemos lo que ocurre; el *diestro* por la noche se *hombrea* con los amigos, se *pone moños*.

¿Y qué han sido Míguez, Trigo, Ortiz y tantos otros á su lado?

Así está el arte y así morirá pronto desgraciadamente.





EL SIETEMESINO

Es Marqués.

Esto no tiene nada de particular, como nada de particular tampoco tiene el que sea *memo*.

Su fisonomía demuestra bien claramente su idiotez.

Es nulo para una carrera literaria, que concluye á fuerza de recomendaciones para los catedráticos que forman los tribunales de exámen de las asignaturas que cursa.

Viste *com il' faut*.

Pantalón estrecho.

Chaqué, ajustado también.

Chaleco claro, y
Sombrero ancho de color ceniza.

En uno de los ojales del chaqué lleva un *bouquet* de flores.

Un palillo para la dentadura en la boca,
y...

Un junco en la mano.

¡Ah! se me olvidaba: gasta lentes.

Es amigo de los toreros, pero de la *high-life* de la torería.

La cervecería inglesa de la Carrera de San Gerónimo es su punto fuerte.

Oigamos su conversación con otros de su talla.

—Adios Conde, ¿qué se dice por ahí?

—Poca cosa.

Se comenta una escena dramática ocurrida á Lola á su regreso á casa anoche del *Secatkin*.

—Cuenta, cuenta, Marqués.

—Lola y su... ¿sabes?

—Sí, la mujer de Perico... tu querida, para hablar más claro.

—Calla por Dios, Conde; pudieran oírnos...

—Al grano, al grano, calaverilla.

Y el interrogado refiere lo que no sabe, y enloda quizá la honra de una mujer digna.

La conversación varía.

Se habla de toros.

Se proyecta una becerrada.

Se fija la cuota de 100 reales.

A cada socio le corresponden tres targetas, una de caballero y dos de señora.

La corrida ha de verificarse en la plaza grande.

La edad de los becerros... seis meses.

Sin embargo, para prevenir cualquier desgracia, estarán en el redondel varios diestros.

El ganado es de *cuidado*, puesto que por la edad se puede juzgar.

Llega el día de la corrida, y con él el momento de empezarse.

Ya hacen el paseo, y saludan á la Duquesa, que es la presidenta.

Todos dejan los capotes de lujo.

Aquél, lleva el de Currito; el otro, el de Lagartijo; más allá, el del Gallo, etc., etc.

Un solo de clarinete anuncia la salida de la fiera.

Momentos de sensación.

Ahí está ya.

El Marqués, que sale con la chaqueta de Currito, y el pantalón de uno de sus criados, la ha echado el primer capotazo.

El becerro parece que le sigue, pero en realidad es que huye.

Sin embargo, el aristócrata torero salta la barrera y cae de cabeza como en un pozo.

Ahora el Conde es el que *torea*.

¡Qué airoso va! Parece un espanta-pájaros de los que colocan en las viñas.

Hacen la señal para cambiar la suerte, y el Vizconde y el Barón salen á *parear*.

El primero prende un par en cada una de las orejas del animalito, y el segundo se las prende á un compañero en la parte posterior de su individuo.

Nueva señal.

El Marqués brinda.

Brinda por la Duquesa y la Vizcondesita y va á la fiera.

Abre la muleta, da unos pases que parece que está sacudiendo un *felpudo*, y corre, corre, y se aplasta las narices contra un pilarote de piedra de la barrera.

¿Dónde está el choto?

¡Al otro lado del anillo!...

Vuelve á acercarse, vuelve á pasarlo, y por fin... ¡Oh valor incomparable! le suelta una estocada que el animal queda en disposición de que le coloquen sobre brasas y le tuesten, porque ya tiene puesto el asador.



Aquella noche se lee en *La Correspondencia* esta noticia, que ha costado 200 reales su publicación:

«Esta tarde ha tenido lugar la becerrada de la Sociedad *María juye*, habiéndose distinguido cuantos en ella han tomado parte.

»Elegantes damas de nuestra aristocracia han asistido al espectáculo, que ha presidido la Duquesa Tal.»

»De los lidiadores, ha sobresalido el Marqués A., que con el conocimiento de un *maestro*, ha dado una buena por todo lo alto al becerro que le ha correspondido.»

Y después de esto... la muerte.



LOS PRIMOS

No crean Vds. que voy á hablarles de las diferentes clases de *primos* que hay, según el grado de afinidad de parentesco que con uno tienen.

No.

De los primos de que yo voy á ocuparme, es de los llenan las plazas de toros.

Los engañan.

Y luego hacen coro al que protesta del engaño, y juran no volver á los toros, hasta que ven el cartel anunciando una nueva corrida, invaden los despachos de billetes y contestan satisfechos y sonrientes al que los pregunta si van á la función:

—Sí señor.

A propósito de la resolución que toman los aficionados, contaré aquí una anécdota del tiempo de las «impurificaciones» de Fernando VII.

Bajaba éste un día la escalera de Palacio y se le presenta un anciano.

—¡Señor! ¡justicia!

—¿Qué te ocurre?

—Me han arrojado de las filas, contestó: estoy impurificado, y es que V. M. dijo: «Marchemos todos y yo el primero por la senda constitucional;» y repetí: y yo el segundo. Ahora dice V. M.: me han engañado; y yo repito: ¡y á mí también!

Hace veintidós años que conozco á los aficionados en el mismo estado.

Esperando la realización de un bello ideal.

Localidades baratas.

Buenos toros.

Buenos toreros.

Mas arte y más verdad.

Y arrimarse mucho.

Nada de *infundios*.

Pues señor; que allá una tarde, hace bastante tiempo, un sábado, monto á caballo y salgo trotando, trotando de Madrid, hasta el puente de Viveros.

El interés que naturalmente despierta en los aficionados una corrida de buena proce-

El interés que naturalmente despierta en los aficionados una corrida de buena procedencia, hace que desde las primeras horas de la mañana del día que hay encierro, se vea la Muñoza, donde están los toros que tienen las Empresas en la plaza de Madrid pastando las yerbas del Jarama, un gran número de gallardos jinetes—esto es una metáfora, porque ni todos son gallardos y á la prueba me remito, ni todos son jinetes tampoco—montando caballos propios, otros alquilados, y algunos también de *gorra*.

Allí ví *hombres de campo*, tan buenos como D. Ignacio Pérez de Soto, Sr. D. José Hidalgo, D. Benjamín Arrabal, etc.

A la hora conveniente, salió el ganado á paso lento guiado por el *tan, tan* de los *alambrés*, cuando hé aquí, que un toro retinto—me acordaré toda mi vida del retinto de aquel toro—se sale del *rodeo* y se dirige al sitio donde yo iba. Le *arropan* los vaqueros—y no crean Vds. los *profanos* en tauromaquia—que es que le echaron una manta ó le embosaron en una capa para abrigarle; sino los bueyes que venían en el encierro—pero el animal... que si quieres arroz Catalina.

En fin, han pasado ya bastantes años, doce lo menos, y todavía se apodera de mí un sudor frío cada vez que lo recuerdo, que parece que me va á dar un accidente epiléctico.

Miren ustedes, cuando yo me ví metido en la cama por la noche, en una vuelta que dí, me pareció que el toro me *recogía* y me echaba por el alto.

Después he toreado, pero nunca he sentido tanta *jindama* como una tarde que me quitó un toro todos los *moños* que yo me ponía, hombreándome con los aficionados.

Era en 1872.

Me habían estado tocando las *palmas* toda la tarde; cuando hacen la señal para salir el último, y antes de que yo pudiera *montar* el palo, se me *arranca* el toro, porque era un toro, caballeros, es decir, á mí me pareció entonces, y tengo aún mis dudas si era un búfalo, el que me mató el caballo que montaba, de una cornada que le dió hasta la cepa, y la caída más monumental que han conocido los nacidos.

Aun me dura el dolor, y esto es fuera de *guasa*; y desde entonces ni caracoles toreo.



EL APODERADO

Los que no conocen la vida íntima del apoderado de un matador de toros, no saben *lo que es canela*. Yo, lo he sido y lo conozco á fondo.

El escribe á todos los empresarios de plazas que hay en España.

Los visita.

Se aburre.

Y por último, queda en disposición de que le lleven al manicomio del Dr. Esquerdo.

Cada apoderado sabe ya de memoria el estilo epistolar de cartas dirigidas á los empresarios de las plazas de toros.

Sr. D...

Muy señor mío, de toda mi consideración y respeto: Aproximándose la época de la celebración de las corridas de toros en esa capital, ciudad ó pueblo—que también hay matador de toros que hace proposiciones pa-

ra torear en Carabanchel, cuando *anda por dos velas* y pasa las grandes *ducas*—me tomo la libertad de molestar su atención, como apoderado que soy del reputado diestro H., por sí no teniendo compromisos anteriores, quiere hacerle proposiciones que siempre serán ventajosas para Vd., pues mi poderdante, sobre ser un matador de toros muy simpático para todos los públicos—aunque en algunas partes se haya dejado los toros vivos y le hayan echado á patatazos—desea torear ahí, donde con tantos y tan buenos amigos cuenta, que desean verle trabajar.

Ni el matador conoce á nadie, ni el público desea verle más que si acaso en la cárcel.

Suplicándole me dispense esta molestia, tiene el honor de ofrecerse de Vd. con toda consideración su afectísimo S. S. Q. B. S. M.

N. N. N.

Su casa, Perro, 3, 3.^o izquierda.

Aquí entra ya la parte más lastimosa.

El Empresario ha caído en el *garlito* y el matador sonríe satisfecho, pero aquí entran las penas del apoderado al hacer la plan-

tilla para mandarla á la Empresa para que haga el cartel.

Hay que llevar cinco banderilleros y cuatro picadores, pero sucede que se presentan doscientos.

Tilín, tilín.

—¿Quién es?

—¿Está D. N.?

—Ha salido.

—Pues diga Vd. que ha estado *Malasombra*.

—Muy bien.

Tilín, tilín.

—¿Quién es?

—Gente de paz.

—¿Qué se le ofrecía á Vd.?

—Ver á N., traigo una tarjeta del conde de la Babucha, para ver si puede darme toros.

Tilín, tilín.

—¿D. N. está en casa?

—Servidor de Vd.

—¡Ola, barbián!

—¡Ola, amigo!

—Vd. tan bueno siempre y tan alegre.

—Sí, y lo estaría mejor á no haber veni-

do mi suegra de Palencia con un divieso, que nos ha vuelto locos á todos á gritos, por los dolores que le ha producido.

—Pues yo venía á ver si podía Vd. ponerme para ir á torear con H., pues ya he sabido que ha firmado Vd. la escritura.

—Sí, es verdad, amigo mío; pero ya he mandado la plantilla.

Aquél se marcha, y dice el apoderado á su criada: si pregunta otro por mí, diga usted que me he muerto.

—¡Señorito!

—Sí.

—Dirá que no ha recibido esquila.

—Pues le dice Vd. que es porque también ha muerto la señora, que nos hemos muerto todos, y que se sospecha que ha sido un crimen, y está la policía aquí dentro para detener á todo el que llame, é incomunicarle hasta que declare, para facilitar la acción de la justicia.

—Muy bien.

Estas escenas se repiten con mucha frecuencia.

Antiguamente, y en los primitivos tiempos del toreo organizado, los contratos de

lidiadores, tanto de á pie como de á caballo, se hacían particularmente con cada uno de los individuos que habían de tomar parte en la lidia; se estipulaban condiciones y precios y el regalo de un traje, costumbre á que parece aficionaron á los lidiadores las maestranzas de caballeros que tanto hicieron por el arte.

Hoy las cosas han cambiado.

Todo es *farándula*.

O como vulgarmente se dice, *mucha tralla y poca calesa*.





EL REVISTERO DE TOROS

En un empeño muy superior á mis fuerzas me he comprometido, y por seguro tengo que de él he de salir corrido.

El revistero de toros, además de escritor, ha de reunir la condición de aficionado taurómaco y aficionado inteligente. para conocer el tecnicismo del arte y llegar, cultivando este género de literatura especial, á la fama, á la popularidad.

Mucha es la que han alcanzado entre el público sensato algunos escritores diciendo la verdad, desnudos de toda pasión, censurando con tacto delicado un acto malo de

una empresa, un abuso de la autoridad, un miedo injustificado ó un desconocimiento total del trabajo de un diestro delante de la cabeza del toro, pero muchos son también los disgustos que han sufrido.

Anónimos odiosos, ciertamente, abominables calumnias, que demuestran el envilecimiento de los que las hacen, su menguada condición y su cobardía.

Es la tauromaquia actualmente hervidero de pasiones que, dejándose arrastrar más por móviles pequeños que por miras elevadas, todo lo sacrifica á la ciega satisfacción de una venganza, ó al sentimiento del amor propio herido.

En esa lucha titánica de pequeñas rencillas, de impresiones del momento y de mal disimuladas iras, todo lo miran los aficionados bajo un punto de vista secundario, dejando en el olvido al arte, al arte que debiera ser su constante afán.

Yo mismo, el más humilde de todos los revisteros taurinos, he sido muchas veces protagonista de esos apasionados de la acción, aunque á todos he contestado con el gran Shakespeare, *inventen en buen hora*

acusaciones contra mí, á todos opondré mi honor.

Pero dejemos lo serio.

Lo serio de la tauromaquia, que todo es gritería, estrépito, barullo, y mezclémonos en el revuelto torbellino de las personas alegres que van á divertirse á la plaza.

Allí está el revistero.

No se le puede negar, entre otras cosas, el don de la oportunidad; muchas veces da una broma en una de sus descripciones que les parece de mal género á los que quieren que el público tenga ojos y no vea; pero esto no debe extrañar á los que conozcan las mañas de los embromados que concitan sus odios contra él.

Contra él, que es eco fiel de la opinión.

De la opinión taurómaca.

Reseñemos algunos lances de la vida íntima del revistero.

El primero es con un picador de toros.

Le han leído al diestro en la mañana del lunes, algo mareado y no ciertamente por las caídas del día anterior en la corrida, las reseñas de la prensa, donde el benévolo revistero ha llamado valor á su irreflesible au-

dacia y entereza al descoco con que á pesar de las protestas del público por los rasgones que ha hecho en la piel del toro, ha continuado toreando, y todo esto lo pasa menos el calificativo de simpático.

Coge el periódico y se dirige á la redacción.

—El zeño director.

—Servidor de usted.

—Hombre, yo no sé que lecho á usté pa que me trate así. Miste.

Y le enseña el periódico boca abajo.

—La revista me la da usted al revés.

—Bueno, puez aquí.

—¿Dónde?

—En eze lao.

—¿En la viñeta?

—No, aquí.

—¡Ahl en el resúmen:

—Ahí tocan, ahí.

—Pues aquí dice simplemente...

No sé si podré lograr
mi pensamiento expresar
y algo á *Canario* decir,
que aunque se sepa sentir,
no siempre se sabe hablar.

Le quiero mucho porque
me es muy simpático usted,
y estaré más satisfecho
viéndole entrar por derecho
para picar al buré.

—
Porque lo demás reclama,
amigo mío, *jindama*;
quiero el toreo verdad,
mucho más formalidad
y mucha menos camama.

—Bueno, que es eso de *simprático*.

—Hombre... que inspira usted afecto á
las personas...

—Pus sea lo que quiera, usted ratifica eso
ó le rompo la cabeza de un estacazo, ¿es-
tamos?

Echemos un velo sobre tanta barbaridad
propia de personas que no conocen ni aun
el significado de las palabras más usuales de
su idioma patrio.

Pasemos á otra escena.

El revistero taurino recibe muy recomen-
dada una noticia que, publicada después,
produce gran efecto en la opinión.

¿Qué es ello? un *canard*, una extravagancia
de un periódico aficionado á las emocio-
nes fuertes, una noticia confeccionada para

hacer ruido y excitar la atención de las gentes y mantener por algunos días la curiosidad.

Es lo que entre la gente del oficio se llama un reclamo.

Es un rumor que se supone circula en los círculos taurinos, que se acoge inmediatamente por los aficionados con la fe que aceptan todo lo que á toros se refiere, por vulgar que sea; se abulta la noticia, se la da proporciones extraordinarias... y luego resulta una camama.

Son ya muchos los que censuran á las empresas muchas veces sin motivo.

No hace mucho, en una corrida celebrada, el presidente retira un toro, toro que no tenía más defecto, ¡asómbrense mis lectores! que ser corniapretado.

La empresa de la plaza, cansada de estas arbitrariedades demandó, pidiéndole indemnización de daños y perjuicios, pues la orden de retirar el toro y sustituirle por otro le suponía las cantidades siguientes:

	<u>Pesetas.</u>
Al contratista de caballos...	375
La corrida comprada en que	

	<u>Pesetas.</u>
venía la res desechada había costado... ..	8.500
Conducción desde la dehesa á la de la Empresa	1.250
Pasto del toro durante dos meses	180
El toro de otro ganadero . . .	1.000

Así las cosas, llega otra corrida y el alcalde retira un toro porque no era bravo, y como si no estuviera prevenido en los carteles y programas: *que se usarán banderillas de fuego para los toros que no hayan tomado más de tres varas.*

Ahora bien; estas ligerezas de los presidentes ¿quién debe pagarlas?

¿Quién debe pagar, igualmente, las reses desechadas por los veterinarios?

Hemos tenido ocasión de leer varias cartas de ganaderos, en las que se dice que toros desechados son generalmente en los que más confianza se tiene, precisamente por la faena que han hecho en la tienta.

Así es que no debemos suponer siquiera que los ganaderos envíen á las empresas otra cosa que toros en que tengan toda su completa confianza.

La opinión pública debe pedir, que los

veterinarios, hombres idóneos en primer lugar y libres de toda sujeción extraña después, examinen el ganado, y al dar el parte del reconocimiento facultativo hecho, denuncien á la autoridad y expongan las faltas que noten, y que las autoridades encargadas de dirigir las corridas de toros sean lo más competentes posible, á fin de resolver en el momento cualquier incidente. El público vería con agrado que la presidencia se encomendaba á un delegado del Gobernador, ya que no fuera éste en persona, asesorado por un diestro ó un aficionado.

De continuar como hasta aquí, los alcaldes y concejales no harán más que dar palos de ciego y nunca en beneficio del público, que es el que paga y del que tanto se abusa.

Los Presidentes no tienen otra misión que dirigir el espectáculo, y sobre los defectos de los toros exigir la responsabilidad á los veterinarios, y de la culpabilidad de éstos, como de las faltas de la empresa, ponerlo en conocimiento de la autoridad superior por medio de oficio. para que ésta imponga á cada uno el castigo á que se haya hecho acreedor.



TOROS EN MADRID

Reseña de la corrida celebrada en Madrid
el día 8 de Febrero de 1885 á beneficio
de los perjudicados en los terremotos de
Andalucía.

CAMINO DE LA PLAZA DIÁLOGOS COGIDOS AL VUELO

Con unos pies ¡ay! qué pies
de cureñas de cañon,
espera á su novia Petra
Argamasa el gastador.

— Gracias á Dios que has venío.

— Hombre si, gracias á Dios,
pensé que hoy este chiquillo
me daba la desazón.

— Ven, te compraré un cigarro.

— Mira, si quieres, mejor
es que merques una de hechos
y *fóforos* de cartón.

— Chacha bollo, chacha bollo.

—Déle Vd. uno.

—Uno no,
que mamá á dao dos perros.

Lástima de sarampión.

—Uno y gracias.

—Angelito.

—Qué *chivato* es el *busnó*.

—Por aquí perdí ya un *chucho*

—Vamos al estanco, sol.

* * *

¿Piensas mucho en mí, Tomasa?

—Más que tú en mí, Nicanor.

—Lo que es eso, señorito,
todo el día está el balcón
por ver si le guipa á Vd.,
porque le tiene un amor...

—Yo, sin embargo, Tomasa,
celos tengo hasta del sol,
y mucho más de los huéspedes
que teneis.

—¡Ay, eso no!

Que la señorita apenas
si pelea con los dos,
á no ser cuando la llaman
para que cosa un botón
ú otra cosa que se rompan.

—¡Ay Tomasa! esto es atroz,
yo no quiero que tú cosas.

—Pero chachito, por Dios,
es preciso; cada día
mamá va viendo peor,
y la parece un microbio
cualquiera coche simón,
y cada zurcido que hace
me parece un colador.

—¿Y cuándo va á ser el día
que oiga tu argentina voz
sin testigos que te escuchen,
ni que celen nuestro amor?

—No ves que no salgo sola.

—¡Ay señorita, por Dios!
la señora...

—¡Mi mamá!

—Aquí se murió Sansón
con todos los filisteos.

—¿Quién es Vd. joven?

—¡Yo!

un joven.

—Un tuno.

—Bueno...

pues me gusta la aprensión.

—Mamá, que mira la gente
y á mí me causa un rubor...

—¿Y Vd. qué intenciones tiene?

—De un toro, señora, yo...
soy un caballero honrado.

—Un muñeco.

—Pues señor...

—Márchese Vd. y no vuelva
mientras nos alumbré el sol
á pensar más en mi hija.

—¡Ay mamá! adios Nicanor,
el destino nos separa.

—Adios, Tomasita, adios,
te sacrifica tu madre...
pues señor, se me escapó,
busquemos para que ocupe
su puesto, otro nuevo amor

—Vaya Vd. con Dios, simpatías, que es usted la primer mujer del mundo.

—Noticia fresca. Eso ya lo sabía yo antes de que Vd. me lo dijera, y eso que aunque con esta bata de lana y este mantón de cuadros, no parezco lo que soy, soy más de lo que á Vd. se le figura.

* * *

Al fin no se verificó—como estaba anunciando—el encierro público de los toros, por haber llegado éstos con retraso á causa de las lluvias.

Tampoco se lidió el toro del Duque de Veragua, por no poderle sacar de la dehesa por las aguas, sustituyéndose con otro de la ganadería de D. Antonio Hernández.

* * *

La empresa de la plaza ha cedido ésta con las dependencias con una espontaneidad que la honra; la casa de la viuda de Guzmán ha regalado gratuitamente las banderillas, hechas con el lujo y gusto que se acostumbra en el antiguo y acreditado establecimiento de la calle de Hernan Cortés; el inteligente tipógrafo D. Regino Velasco ha hecho hábilmente los billetes y carteles gratis también; los ganaderos Sres. Hernández, D. Anastasio Martín, D. Rafael Laffite y Castro, D. Angel González Nandín, D. José Orozco García Ruíz y D. Eduardo Ibarra, han hecho el notable donativo de un toro cada uno.

Y por último, el simpático Rafael Molina (*Lagartijo*) el valiente y aplaudido Salvador Sánchez (*Frascuelo*), el brabo Felipe García, el arrojado Fernando Gómez (*el Gallo*), el distinguido Valentín Martín y el notable Luis Maz-

zantini, con sus cuadrillas, han trabajado, con exposición de sus vidas, gratuitamente también en favor de los desheredados de la fortuna.

* * *

—¿Por dónde?

—Por aquí niña.

Y cuidadito.

—¡Mamá!...

—¿Quiéres hacer algo antes?
que luego, después de entrar...
mira, aquí en este rincón.

—No tengo ganas.

—Pues va ..

á la plaza y no te olvides,
que si se acerca Julián
á nosotras, ú otro de ellos,
tú debes de procurar
el ponerte colorada,
que parezca natural
que tienes vergüenza.

— Bueno.

Este diálogo oímos á una señora, ó de tal al menos tenía las apariencias; entablado con una pollita de veinte años, delgada como una caña de pescar y hecha un albañil, según llevaba la cara de blanca.

* * *

—Aquél es el palco regio,
¿sabe V. si vendrá el rey?

—No puedo decir, señora,
pues ha de saber usted
que yo soy aficionada
á esto desde mi niñez.

¡Qué tiempos cuando venía,
Fernando VII á ver
á Montes y al *Chiclanero*,
y yo también mire usted

Venia con mi pariente,
que en gracia de Dios esté:
era un realista tremendo,
¡qué realista, San Andrés!

Ya ve Vd. si lo sería,
que una vez en el café
porque oyó *Los puritanos*,
saltó al músico la nuez.

—Señora . . .

—Calle Vd. hombre,
si él viviera, mire Vd.,
se comía á Castelar
como quien come un *bistek*.



La aurora apareció envuelta entre niebla; pero ni el frío intenso que en las primeras horas de la mañana se sentía amortiguaba el entusiasmo de la afición, ni podía tampoco amortiguar los sentimientos filantrópicos, demostrados una vez más por el pueblo madrileño.

La música del Hospicio ejecutó las piezas de un repertorio antiguo. El paseo se hizo precedido de cinco alguaciles y, uno tras otro, salieron seis toros, llamado el primero *Bordado*, berrendo en castaño, bizco del derecho, tomando ocho puyazos de José Calderón y Cirilo Martín.

Manene puso par y medio y dos Juan Molina.

Lagartijo, de verde y oro, despachó á la res de una corta á volapié y un descabello.

Limonero, retintó y bien puesto, recibió nue-

ve varas, dando dos caídas á Cirilo, matándole el caballo.

El bravo Ostión clava dos pares magníficos y uno el Regaterín, que les valió unánimes y justos aplausos.

Frascuélo, de tabaco y oro, da una á volapié y otra corta en las tablas

Tanto Salvador como su cuadrilla, llevaban fajas y corbatas negras por la muerte de Pablo.

Vizcaino, negro, á la salida del toril le dió el Gallo el cambio de rodillas.

Llevó seis puyazos, dió dos tumbos y mató dos pencos.

Joseito prende dos pares y uno el Corito. Felipe García, de azul y oro, da dos estocadas, una corta en las tablas y otra buena.

Gitano nombraban al cuarto toro, colorao, ojinegro y tan sacudido de carnes, que un espectador del 1 se volvió al palco presidencial, y exclamó:

—Sr. Presidente, que le den una chapa á ese toro.

—¿Para qué? preguntó un chusco.

—Para que le den pan de la Administración militar y engorde un poco.

Blando y acosado por los picadores, aguantó unos pocos garrochazos, matándole la bestia al Calesero.

El Morenito colgó par y medio y Gerrita, dos, para que el Gallo de lila y oro, le matara de dos pinchazos y una estocada

Maceto, berrendo en negro y botinero; le pusieron nueve varas, perdiendo uno de ellos el montante.

Los chicos le dejaron en el morrillo dos pares y medio.

Valentín, de verde y oro, dejó al toro para el tiro de mulas, después de una estocada contraria.

Favorito era el último de la corrida y de la tarde; negro de pelo. Llevó nueve varas, dió dos caídas y dejó un caballo para los traperos.

Pulguita colgó par y medio, y Galea dos medios.

Mazzantini, de encarnado y oro, en corto y derecho, tira al toro un pinchazo y se arranca con un buen volapié.

Han asistido S. S. M. M. y A. A. R. R.

La mayoría de los palcos desocupados, muchas localidades de gradas tendidos y andanadas

Los toros han lucido elegantes y preciosas moñas, regalo espontáneo de los Sres. Anibal B. Villor hermanos, que han gustado mucho por su lujo y confección, como igualmente las banderillas, que han sido á cuál más vistosas.

Aprovechamos la ocasión para recomendar á las empresas de toros la casa de la señora viuda de Guzmán, Hernan Cortés, 12, para banderillas, rejoncillos y puyas, y la de los Sres. Anibal, para moñas, Preciados, 30.

Y aquí da fin la reseña
de la fiesta celebrada,
que no esté á gusto de todos
lo sentiría en el alma.





Sr. D. Manuel López Calvo

MI BUEN AMIGO: *Me pide Vd. un trabajo literario para su libro á beneficio de las víctimas de los terremotos de nuestra hermosa Andalucía.*

Desde que troqué la pluma por el estoque, mis trabajos literarios se reducen á matar toros, con más voluntad que arte.

Considere Vd., pues, como trabajo para su libro la muerte del último toro de la Corrida de Beneficencia, que dedico á Málaga y Granada.

Madrid 1.º de Febrero de 1885.

Juis Mazzanti



G. M.

*Dos hermanas muy bonitas,
unidas las dos se abrazan,
una llora por la noche,
la otra por la mañana.*

Madrid 4 de Febrero de 1885.

H. L. R. y Díez



Sr. D. Manuel López Calvo

Aunque me he cortado la coleta y no toreo, no por eso he de dejar de contribuir al alivio de nuestros hermanos de Andalucía, sumidos hoy en la desgracia.

Cedan las plazas unos, den sus reses los ganaderos, expongan los diestros sus vidas tan generosa y espontáneamente como lo hacen, que yo, con mi modesto óbolo, también cumpliré con mi deber.

Por de pronto, me pide Vd. mi firma para su libro, y si ella puede aumentar el producto de la venta, ahí se la envía su amigo

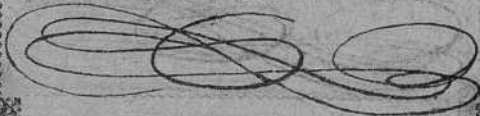
Mariano Anton



Yo creo que Recibir es más fácil que Aguantar; pues á mí me han recibido en muchas partes y no me han aguantado en ninguna.

Sin embargo de ser hoy tan difícil recibir. limosna por los tiempos positivistas que atravesamos, yo aguanto con gusto cuanto de mí se exija en favor de los necesitados.

Tomás Marrantini





No sé cómo explicar mi sentimiento.

.....

.....

Torearé... ¡diez toros!... ¡veinte!... ¡ciento!...

José María Galindo



CÓRDOBA—MADRID

Sr. D. Manuel López Calvo

MI QUERIDO AMIGO Y PADRINO: ¿Qué quiere Vd. que haga yo para su libro?

Nada puedo, y me contento con exclamar:

¡Dichosos los que pueden ejercer la caridad!

Manuel Fuentes Bocanegra





*Cada cual en la medida de sus fuer-
zas debe contribuir al alivio de los des-
graciados.*

*Yo, con este objeto, estoy dispuesto
siempre á torear sin retribución alguna.*

Pecro Ortega



*Si yo no puedo remediar tanta des-
gracia, al menos torearé gratuitamente
cuantas corridas de toros sean necesarias
para ayudar al alivio de las provincias
andaluzas.*

Antonio Pérez (a) Ortion

SIN FIADOR
—
LA VERDAD

VENTA DE CAMAS DE HIERRO, COLCHONES DE MUELLES
Y MUEBLES DE EBANISTERÍA Y TAPICERÍA

A PLAZOS

desde

UNA PESETA
SEMANAL



—
Despacho central

60 Y 62, JACOMETREZO, 60 Y 62

Sucursales

54, TOLEDO, 54

2, PLAZA DE MATUTE, 2

Fábricas

ALTO DE MONTELEÓN, 12, 15 Y 16

~~~~~  
**PUNTOS DE VENTA EN PROVINCIAS**

*Albacete, Ciudad Real, Talavera de la Reina  
Tembleque, Salamanca, Pamplona, Arévalo, Avila  
Cuenca, Arganda del Rey, Huelva  
etc., etc.*

# LA VERDAD

FÁBRICAS Y ALMACENES

de CAMAS de hierro, COLCHONES de muelles y MUEBLES de ebanistería y tapicería.

---

Plazos semanales desde UNA peseta

---

NO COMPREIS ESTOS OBJETOS SIN VISITAR ANTES  
NUESTROS ESTABLECIMIENTOS

GRANDES REBAJAS EN LAS VENTAS AL CONTADO

No confundir esta Casa, la PRIMERA abierta en esta corte, con la de nuestros imitadores en sistema de venta. Sus únicos despachos son:

Central, Jacometrezo, 60 y 62.

Sucursal 1.<sup>a</sup> Toledo, 54.

Id. 2.<sup>a</sup> Matute, 2.

Fábricas: Alto de Monteleón, 12, 15 y 16  
(CHAMBERÍ).

---

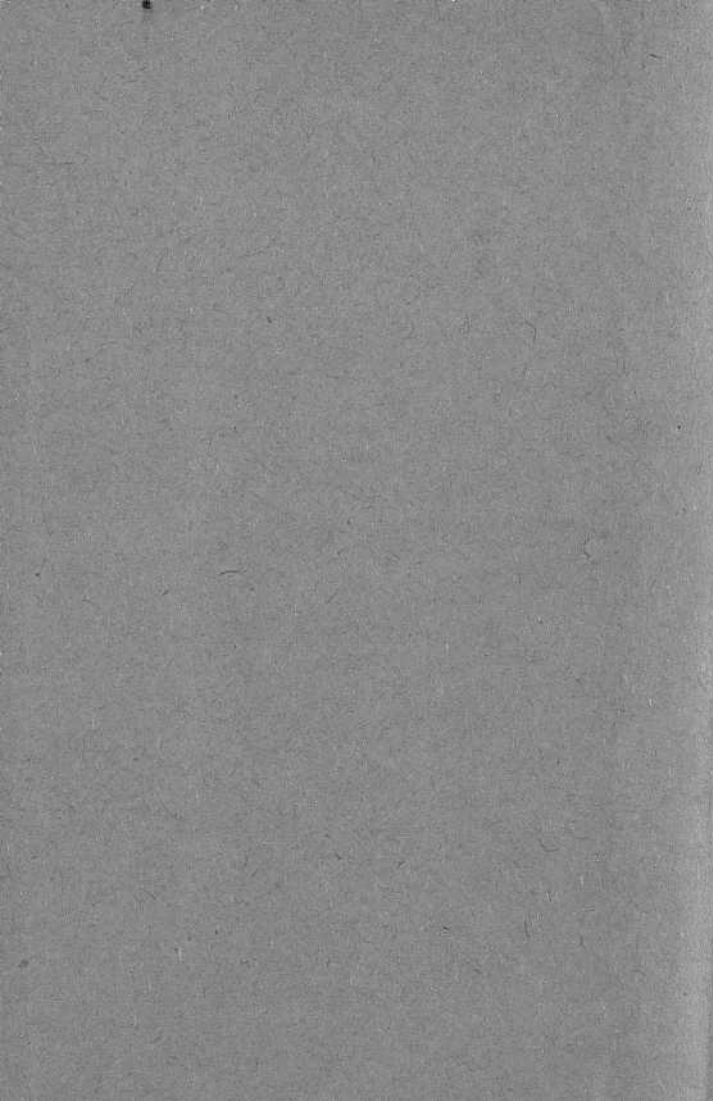
Basta visitar nuestros Almacenes para convencerse que ninguno de los que nos imitan pueden competir ni en surtido ni en precios.

Las grandes ventas que realiza esta Casa le facilitan el poder comprar grandes cantidades directamente á los primeros centros de producción, y por esta causa compra más barato que ninguna otra.









# MARQUES DE SAN JUAN DE PIEDRAS ALBAS

## BIBLIOTECA

Pesetas

Número *417* | Precio de la obra . . . . .

Estante . | Precio de adquisición . . . . .

Tabla... *8* | Valoración actual . . . . .

Número de tomos. . . . .

4



